

## En los 60 años de la SECh

Oscar López C.

Finalizaba el año 31. Atrás quedaba el tiempo del gobierno de Carlos Ibáñez que aplicara la teoría del termo cauterio por arriba y por abajo que, por cierto, cayera con especial rigor sobre los sectores más desposeídos y abandonados de la población. El escritor Diego Muñoz debió autoexiliarse en Ecuador al ser expulsado de la Escuela de Leyes por actividades contrarias al gobierno. Poco después escribiría su novela, *La Avalancha*, dramático relato sobre aquellos días.

Caído el gobierno de Ibáñez, se abrieron perspectivas más venturosas para las organizaciones duramente reprimidas, de toda índole, que necesitaban expresarse. Así, un grupo importante de escritores toman la iniciativa de reunirse para formalizar el acta de Constitución de una Sociedad de Escritores. El 6 de noviembre de 1931, en una memorable sesión, fue firmado este documento por los más destacados escritores de la época. Estamparon allí su firma, entre otros: Marta Brunet, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Ernesto Montenegro, Manuel Rojas, Joaquín Edwards Bello, Antonio Acevedo Hernández, Benjamín Subercaseaux, Daniel de la Vega, Jenaro Prieto.

Era éste el primer paso que mostraba un espíritu renovador, dejando atrás pretendidas tendencias de individualismo que harían del escritor una suerte de búho, aislado en una torre de marfil, lejos de los avatares del mundo y de la vida.

El 8 de enero de 1932, en una sala del Ministerio del Trabajo, en la biblioteca de esa repartición pública, se llevó a cabo el acto solemne de fundación de la entidad. Participaron en ella, bajo la presidencia de Tomás Gatica Martínez, los siguientes escritores: Javier Vial Solar, Ernesto Montenegro, Januario Espinoza, Alfonso Escudero, Nathanal Yáñez Silva, Alejandro Baeza, etc. El 31 de mayo del mismo año se obtenía la personería jurídica, eligiéndose la mesa directiva, integrada

por Domingo Melfi, presidente, Ernesto Montenegro, vicepresidente, Tomás Gatica Martínez, secretario, Januario Espinoza, prosecretario, y Nathanael Yáñez Silva, tesorero. De este modo el escritor tomaba conciencia de su condición como un ente social que participaba en la construcción y desarrollo del país desde el ámbito de la cultura y que, como tal, tenía derechos y responsabilidades que estaba dispuesto a asumir responsable y organizadamente. Es decir, su vida adquiriría una condición superior dejando el tiempo de bohemia asimilada a los poetas malditos. Es posible que esta idea no estuviera planteada de manera absolutamente clara, pero por las inquietudes reivindicativas éstas se hacían presente. Desde luego, surgía la idea de que el escritor era un trabajador, en el plano de la cultura y, en consecuencia, debía acceder a una remuneración. Como hombre, como ser humano enfrentaba las mismas necesidades propias de sus semejantes. El trabajo gratuito debía desecharse. De ahí que las primeras reivindicaciones fueran las conferencias pagadas que permitieran que muchos escritores tuvieran algunos ingresos que los acercaban a la condición de un profesional de la literatura. Hasta hoy esa aspiración permanece pues ella constituye el reconocimiento de la sociedad hacia un hombre que realiza un trabajo necesario e insustituible en un mundo que necesita que alguien escriba libros como necesarios es que otros construyan casas, hagan zapatos, trajes.

Pero escribir un libro es la primera parte de una empresa de más largo aliento. No se escribe para sí, para la propia y personal satisfacción, si así fuera no tendría sentido. El segundo paso, cuando ya el original ha concluido, es reproducirlo para que llegue con sus ideas, con sus sueños, hasta las manos y los ojos y el corazón del lector. Conquistar ese derecho no es fácil. El editor y su empresa se rigen por el principio de la mayor utilidad, de obtener ganancias y para eso exige una firma que venda. El talento sólo vale cuando es capaz de acrecentar la cuenta bancaria. Por eso don Tomás Gatica Martínez planteó la necesidad de que la joven institución debía tener su propia imprenta o, por lo menos, que el Estado donara alguna dada de baja.

Una característica del escritor es soñar, mantener la esperan-

za viva en el corazón y quizás por tal razón continúan aferrados a ese antiguo sueño que, es de esperar, alguna vez se haga realidad.

Las primeras ferias del libro fueron obra de la Sociedad de Escritores. En plena Alameda, enfrentando a la Casa Central de la Universidad, funcionó, en medio del ajetreo de una ciudad todavía con aires provincianos. Por primera vez los libros estaban al alcance de un público ávido y receptivo. En ese lugar también los escritores levantaban tribuna en conferencias que eran escuchadas en religioso silencio. Augusto D'Halmar, histriónico, de fácil palabra, con su hermosa cabeza blanca, con elegantes ademanes, hablaba de sus experiencias y de sus viajes, él mismo personaje de leyenda.

En abril de 1937 se realizó el Primer Congreso de Escritores de Chile bajo la conducción de la SECh, presidida por Manuel Rojas. En esta ocasión los escritores señalaron que la cultura constituía un peligro para quienes, antes que la razón de las ideas, prefieren el uso arbitrario de la fuerza y de la violencia. En España, Federico García Lorca, moría asesinado en los inicios de la guerra civil. Un grito de espanto, de protesta y dolor se extendió por toda la tierra. En Chile, en ese congreso mencionado, tuvo plena plena repercusión la idea de oponerse a regímenes de fuerza, enemigos declarados de la cultura. Las palabras condenatorias de don Miguel de Unamuno: "Vosotros podéis imponeros pero jamás convencer" se abría paso en la conciencia de los escritores chilenos.

Después de los seis años del segundo gobierno de Arturo Alessandri, al asumir la presidencia de la República, Pedro Aguirre Cerda, se produjo un renacer de todo el quehacer nacional, particularmente en el plano de la educación, la cultura y el arte. Entonces recién se pudo elaborar la ley que creaba el Premio Nacional de Literatura y que fuera promulgada el 8 de noviembre de 1942, bajo la presidencia de Juan Antonio Ríos. De este modo se reconocía, públicamente, el aporte del escritor al desarrollo de la cultura y, a la vez, se proveía de condiciones de vida más digna y segura a quienes había hecho entrega de toda una vida a una vocación de servicio en bien del hombre y de la sociedad entera.

En sus comienzos la Sociedad de Escritores funcionó en una

pequeña sala en Agustinas al llegar a Estado. Demasiado reducida no permitía un funcionamiento acorde con la importancia de los escritores y de su organización. Apremiados por esta circunstancia fue creciendo la idea de conseguir una sede de mucha amplitud. Las primeras gestiones fueron hechas ante el presidente Carlos Ibáñez, quien finalizaba ya su período. En la audiencia que concedió a la Mesa Directiva se le solicitó que fuera alzada la suma pagada para el Premio Nacional y a la vez una casa para sede de la organización, sugiriéndosele la Posada del Corregidor. Las gestiones fueron continuadas con Jorge Alessandri, con el entusiasta apoyo de Ester Matte y de Diego Barros Ortíz. Cuando al fin fueron concebidos los dineros para la compra de una casa comenzó el vía crucis para conseguir el bien raíz apropiado. Varios fueron los lugares visitados: una casa en calle Miguel Claro, un departamento en Monjitas, otro en República y otra en Dardignac. Finalmente, en una calle de nombre desconocido, se encontró la que hoy continúa ocupando la SECh: Simpson 7. La casa conseguida no dió satisfacción a muchos que encontraban que quedaban demasiado lejos del centro de la ciudad. Y no dejaban de tener razón si se piensa que en aquel tiempo el centro de Santiago apenas rebasaba la calle San Antonio. Llegar hasta Plaza Italia constituía una aventura para admirar la estatua ecuestre del General Baquedano, aburrido de tanta gloria. A su alrededor los fotógrafos, con las antiguas máquinas de cajón, fijando para el recuerdo la imagen de parejas de enamorados. Más allá, el rezoño del río, monótono, con el fluir de sus oscuras aguas orillando el desamparo, la miseria, los piojos.

Hacia el oriente la Avenida Bustamante, en donde por aquellos años todavía existiría el ferrocarril de trocha angosta, hacia Puente Alto. Viajar en él era asomarse a una vida bucólicamente agraria, con la vista de chacras y predios agrícolas desplegándose más allá de la vía. Entonces sobraban razones a quienes criticaban la tozudez de Rubén Azócar al adquirir esa propiedad. Seguramente, en sus buenos tiempos fuera habitada por alguna antigua familia de alcurnia, en donde se cobijaban varias generaciones: padres, hijos, abuelos, nietos, empleadas. Luego, buscarían zonas menos conta-

minadas de ruidos, de comerciantes sin pergaminos, de restaurantes y otros centros de mal vivir y de mal morir, con la proximidad de hospitales para gentes sin historia.

Un gran hall con parquet de finas y nobles maderas, una lámpara central de lágrimas, un segundo piso, flanqueado el pasillo de numerosas habitaciones. En fin, una casa que permitía, dentro de un digno deterioro, llevar a cabo actividades que antes jamás pudieron imaginarse siquiera.

Un matrimonio joven —doña Mina y Fernando— se hicieron cargo del cuidado de la casa. Ellos han visto sucederse directorio tras directorio y representan un conocimiento vivo y abnegado de todo lo que allí ha acontecido. Con paciencia sin igual han soportado días críticos en donde mermaban los recuerdos y en sí forman parte de la historia de la Casa del Escritor.

Con orgullo puede decirle que varios de los Premios Nacionales de Literatura han sido presidentes de la sociedad. Ahí están: Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Fernando Santiván, Manuel Rojas.

Además de éstos también ejercieron el cargo: Domingo Melfi, Ernesto Montenegro, Alberto Romero, Carlos Préndez Saldivias, Jerónimo Lagos Lisboa, Juan Marín, Luis Oyarzún, Ricardo Latcham, Luis Merino Reyes, Rubén Azócar, Luis Sánchez Latorre, Edmundo Herrera, Jaime Quezada, Emilio Oviedo, Martín Cerda, Poli Delano, Ramón Díaz Eterovic.

La muerte, como es natural, también llamó a la puerta de la Casa del Escritor. Y no puede ser de otro modo. El otro extremo de la vida, estación final de la existencia, ineludible, es la muerte. Quizás si el primero que inauguró esta seguidilla haya sido Rubén Azócar.

Achaparrado, como las gentes de su isla, con un rostro labrado a golpes de azuela, de pelo hirsuto, sonrisa clara y mirada indagadora, sabía hacer de la conversación un arte que atrapaba en la magia de la palabra. Rico de vida y experiencias, versátil, de repente buscaba disfrazarse con los más simples elementos para recitar algún poema de los tantos que llenaban su memoria. Dicen los que lo conocieron más, como Mario Ferrero, que a poco de instalarse la SECh en Simpson siete, premunido de serrucho, martillo, cepillo, con sus limpias

manos, fabricó los primeros muebles para la institución.

A su muerte, en 1965, la casa de los escritores se repletó de gentes de todas las condiciones y actividades para rendir homenaje al hombre, al maestro, al escritor.

En agosto de 1969, la SECh, bajo la presidencia de Luis Sánchez Latorre, organiza un Congreso Internacional de Escritores. La otrora joven institución, madurada en treinta y ocho años, había conquistado afectuosidad y respeto a nivel internacional. A su convocatoria acudieron escritores de muchos países para expresar sus opiniones sobre temas tan vigentes y permanentes ayer como hoy. En la discusión sobre el compromiso del escritor y la función de la literatura, función y problemas de la crítica literaria en América Latina, lenguaje y creación literaria, etc. participaron figuras relevantes tales como: Mario Vargas Llosa, Angel Rama, Marta Traba, Juan Rulfo, y de entre los de Chile: Fernando Alegría, Enrique Lihn, Francisco Coloane.

Al término del Congreso se firmó la Declaración de Viña del Mar que, entre otras cosas, señala:

“El ideal que como escritores independientes propugnamos para la humanidad que sufre, y en particular para nuestra América Latina, es una comunidad que termine con todo género de explotación física y espiritual de la criatura humana aspirando a una sociedad sin clases, donde todos tengan acceso a la cultura y a los bienes materiales”.

1970 es un año de grandes acontecimientos políticos y sociales. El gobierno del presidente Frei estaba por terminar y nuevas fuerzas políticas con perspectivas distintas se aprestaban para dar la batalla que les condujera a la conquista del poder. Gigantescas manifestaciones se daban de uno y otro lado del espectro electoral. Los escritores no permanecían al margen de esta contienda, se sentían ciudadanos legítimos y, por cierto, no escatimaban ni ocultaban sus preferencias.

El triunfo le correspondió al doctor Salvador Allende, viejo y tenaz aspirante al primer cargo de la República. Derrotado en tres oportunidades a la cuarta resultó electo. Al asumir el poder encomendó a la SECh, por intermedio del Ministerio de Relaciones Exteriores, que invitara a la ceremonia de transmisión del mando a escritores y artistas extranjeros. Julio Cor-

tázar, el pintor ecuatoriano Guayasamín estuvieron presentes en tal ocasión, junto a otras personalidades de la cultura y el arte, franceses, españoles, y de muchos otros países latinoamericanos.

Era como si el mundo hubiera cambiado. El escritor menospreciado en los círculos exquisitos del poder, adquiriría reconocimiento y relevancia. La creación de la Editorial del Estado Quimantú, donde el escritor costarricense, Joaquín Gutiérrez, tuvo importante participación, permitió editar libros en tirajes jamás conocidos en el país, con precios bajísimos. El escritor accedía así a un público al que antes poco pudo llegar, estableciéndose una rica comunicación entre el creador y el lector.

El escritor ya no era un ente marginal librado a la suerte de la bohemia. Neruda, ex-presidente de la SECh, representaba a Chile, en Francia, y allí conocería su designación como Premio Nobel de Literatura. Al regresar al país fue objeto de un recibimiento popular en el Estadio Nacional con un discurso pronunciado por el Vice-Presidente de la República, el general Carlos Prats.

Sin embargo, las tensiones se acentuaban en el país. Síntomas alarmantes podían visualizarse, en donde la violencia, el odio revanchista, se hacían notar. Vino septiembre del 73. Un mes extraño, con una naturaleza descontrolada, áspera, agresiva. El lunes 10, Edmundo Herrera, presidente en ejercicio de la SECh, determinó suspender la reunión habitual de directorio, conminando a los escritores presentes para que se retiraran a sus casas. ¿intuición? ¿Conocimiento de que algo ocurriría? El día 11 amaneció nublado. La capital con poca movilización obligada a caminar a pie. Gentes reconcentradas, deprimidas por lo incierto, temerosas. En las primeras horas de la mañana se conocería del alzamiento armado en contra del gobierno legítimo. La violencia se desató sin medida ni control. Allanamientos, redadas, Estadio Chile. Estadio Nacional. Desde los primeros momentos los escritores sufren las consecuencias de la irracionalidad. La cultura y los que la hacen y promueven se hacen peligrosos. "Cuando escucho la palabra cultura hecho mano a mi pistola". La frase brutal del general español pareciera movilizar desde las sombras oscuras fuerzas

de torva animalidad. Son quemados los libros en públicas hogueras, arrasadas bibliotecas particulares. Quiénes tuvieran ejemplares de la Editorial Quimantú serían calificados como extremistas peligrosos.

Los hechos se sucederían en una secuencia de horror. Pablo Neruda moría. Su casa en los faldeos del San Cristóbal inundada. Sobre el agua corriendo libremente, entre libros desencuadernados, vidrios rotos, al poeta en su ataúd miraría sin ver, tanta inútil destrucción: *Mi casa era llamada/ la casa de las flores, porque por todas partes/ estallaban geranios.../ Te acuerdas Rafael!/ Federico, te acuerdas/ debajo de la tierra, / te acuerdas de mi casa con balcones en donde/ la luz de Junio ahogaba flores en tu boca!*

Quizás si mordiendo silencio, tras el vidrio de la urna rememoraría aquellos versos suyos en una premonición dramática de lo que volvería a vivir. Y a morir.

Bajo la llovizna se hicieron sus funerales. Los escritores rodeando su ataúd, el presidente de la SECh a su lado. Rostros serios, tristes, aunque decididos y desafiantes. Soldados armados de metralletas vigilando el paso del funeral, con el ataúd cubierto por una bandera chilena confeccionada durante la noche por la escritora Teresa Hamel.

Días después sería convocada de nuevo la SECh, esta vez para elegir un nuevo directorio que diera mayores garantías para preservar la integridad de la institución. Una veintena de escritores llegaron a la cita. Afuera soldados, en un gesto de amedrentamiento, hacían pasar las balas a la recámara, ceñudamente amenazadores.

La reunión fue breve y a mano alzada se procedió a elegir a la nueva directiva presidida por Luis Sánchez Latorre, con la presencia, además, del prestigiado sacerdote, Fidel Araneda Bravo.

Durante diez años Sánchez Latorre ejerció el cargo. Su prestigio y ponderación contribuyeron a mantener a salvo la institución. Su capacidad de gran conversador, dotado de una memoria sin igual, hacía posibles reuniones amenas y concurridas. Muchos escritores, en ese tiempo sufrieron largas detenciones, en campos de concentración, mientras otros debieron partir al exilio obligado. En Francia moriría Guiller-

mo Atías, nostálgico de la tierra lejana, uno entre muchos. Pero la vida es un brotar y un rebrotar, y otros, en aquellos duros días iniciaban su tránsito literario como una forma de vencer el sufrimiento escapando al mundo sórdido que les tocaba vivir. En medio del desierto, azotados por el sol inclemente y por la arena que raspa la piel, durante el largo día infinito, y en las noches por la fría humanidad de la camanchaca, en la soledad perdida de la oficina Chacabuco, Jorge Montealegre, escribe sus primeros versos. Y en el otro extremo del largo litoral, en la Isla Dawson, un delgado adolescente, Aristóteles España, comienza también la iluminada experiencia de plasmar en versos sus dolores, haciéndolos luz, en ese amanecer de la conciencia para mantener en alto la dignidad del hombre. Son los relevos para llenar el hueco de los que partieran hacia otros rumbos sin retorno. Fueron tiempos de intolerancia y de entorpecer el desarrollo de la cultura. La censura, ejercida desde lo alto del poder, quiso amordazar el pensamiento del escritor. Nadie podía publicar nada sin contar con la autorización de una comisión de ignaros burócratas instalados en el Diego Portales. La SECh se opuso terminantemente a esta medida que lesionaba la libertad de expresión. Declaración de la época señalan el camino de independencia y dignidad seguida, organizadamente, por los escritores. Por razones semejantes no aceptó el estatuto tipo diseñado por el gobierno dictatorial para poder de rodillas a determinadas instituciones y se negó a realizar elecciones en esas condiciones. Sería largo historial en espacio tan limitado las actitudes y la conducta asumida en ese tiempo por la organización de los escritores. Otros, en una reflexión colectiva podrán completarla. En todo caso es importante señalar que esta conducta consecuente de SECh le ha traído dificultades. En 1978 se le quita la subvención, por demás bastante mezquina que, en todo caso le permitía cancelar algunas mínimas cuentas: teléfono, agua, luz. En 1988 le es retirado el derecho a participar con dos representantes en el jurado para discernir el Premio Nacional de Literatura. A este sistema de represalias puede agregarse las amenazas de todo tipo, incluso de muerte en contra de conocidos escritores, entre ellos, Francisco Coloane.

Nada de esto paraliza a la Sociedad de Escritores. Venciendo dificultades y escollos su presencia se proyecta a nivel nacional con la sistemática organización de filiales en distintos puntos del país hasta alcanzar la de quince, aproximadamente, con una vida independiente y creadora. Esto facilita el Encuentro Nacional de Escritores realizado entre el 11 y el 14 de enero de 1990, bajo el tema de Vivir y Escribir en Chile. Entre otros temas fueron cálidamente analizados la Situación Gremial del Escritor, Los escritores y el testimonio de una época, etc.

Relevante fue también la participación en el encuentro internacional de solidaridad con el pueblo chileno Chile Crea, el 11 de julio de 1988. Exponentes del arte y la cultura del mundo se dieron cita en el país para expresar su adhesión a la gesta popular por recuperar el derecho a volver a tener un sistema democrático que garantizara el respeto a los derechos humanos, a la justicia y a la libertad, en donde los creadores del arte y la belleza pudieran hallar el ambiente adecuado y el respeto por su creación.

Un reconocimiento a la labor desarrollada por la institución lo constituyó la solicitud de la Comisión Verdad y Reconciliación para pedirle su opinión sobre lo que debiera hacerse a futuro para impedir la repetición de los hechos investigados por esta Comisión.

Cerrando esta apretada relación, para intentar un esbozo de historia de la Sociedad de Escritores de Chile, es justo dejar constancia de la desaparición de algunos escritores, entre varios, cuyo fallecimiento causó verdadera consternación entre sus pares. El primero, Andrés Sabella Gálvez, cuyo prestigio en las letras nacionales se reforzaba por su conducta ejemplar de amistad y solidaridad, por la firmeza de sus convicciones, practicadas sin odiosos sectarismos que lo convirtieron en un maestro de humanidad, capaz de rebalsar todas las fronteras, conquistando afectos en todas partes. Diego Muñoz, lo sigue, con sus bien vividos 86 años, recluido ya en su casa, aunque permanentemente recordado. Su velatorio mostró el afecto y el reconocimiento que había logrado en su condición escritor y de amigo. Después recordamos a Rolando Cárdenas y Martín Cerda, ex-presidente de

SECh. Ambas muertes mostraron de manera tajante la condición de injusto abandono en que transcurre la vida y la muerte de los escritores. Sin previsión especial alguna que garantice su trabajo, su salud y una vejez a salvo de los naturales trastornos de la edad, el escritor es un marginal y el más explotado de los trabajadores, casi a nivel de un minero del carbón. Así, en ese mismo vergonzoso abandono murieron María Luisa Bombal, Antonio Acevedo Hernández, Nicomedes Guzmán.

Hoy, la Sociedad de Escritores está dirigida por dos timoneles jóvenes: Ramón Díaz Eterovic y Diego Muñoz Valenzuela, representantes de una nueva generación, con ideas y energías de otro tenor y condición. Nuevos estatutos están a punto de ser legalizados, que muestran un espíritu renovado de mayor apertura democrática, la Casa del Escritor luce de otro modo más amplia y acogedora, con mayores comodidades, plena de actividad, con una mayor presencia. Todo eso mueve el optimismo y al desarrollo de iniciativas que merecen contar con el apoyo de todos los escritores chilenos.

*Los malos libros provocan malas costumbres y las malas  
costumbres...buenos libros.  
René Descartes*



Creación



# JORNADAS CULTURALES DEL BANCO DEL ESTADO DE CHILE

MUSICA  
LITERATURA  
TEATRO  
FOLKLORE  
EXPOSICION PERMANENTE

El Banco del Estado de Chile ha organizado una serie de Jornadas Culturales a lo largo del país con el objeto de dar a conocer diferentes expresiones artísticas en ciudades que habitualmente no cuentan con este tipo de eventos.

El programa de diez días de duración, ya ha sido realizado durante este año en San Felipe, Curicó, Los Angeles, San Antonio, Linares, Los Andes, Coquimbo, Copiapó, Ovalle, Combarbalá, Coronel y próximamente en Chillán.

Así, a través de las Jornadas Culturales, el Banco del Estado de Chile hace realidad el proyecto de fomentar y difundir la cultura en todo el país.

Organiza:



**BANCO DEL ESTADO DE CHILE**  
Interfiere sobre el límite de garantía estatal a los depósitos.

Colaboran:



DIRECCION  
DE BIBLIOTECAS,  
ARCHIVOS  
Y MUSEOS

DIVISION DE CULTURA  
MINISTERIO DE EDUCACION

